

## SERMON

DE

### NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN.

(DE GARCÍA.)

*Radicavi in populo honorificato, et in parte Dei mei hæreditas illius.*

Eché raíces en el pueblo, que he honrado con particular benevolencia, y le di en herencia la parte de mi Dios.

*Eclesiástico, c. 24. v. 16.*

No es mi ánimo consolidar la fe y la devoción á la santísima Virgen del Cármén, ni afianzar las promesas hechas á los que se ha dignado adoptar por hijos de su amor. No he dudado yo, ni por un momento, que esta amorosa madre ha echado profundas raíces en este pueblo de elección, que lo ha tomado bajo su protección, lo honra con su nombre, lo viste con su hábito, le da su corazón y lo enriquece con la sólida y verdadera herencia de la posesión de Dios. Ni puedo yo sospechar que vacile la fe de los que rodean el trono de María, profesan un tierno amor á la orden del Carmelo, visten su santo escapulario y desempeñan con edificación las obligaciones de su regla.

Yo bien sé, y no lo ignoráis vosotros, que uno de los desórdenes de estos últimos siglos, es haberse abandonado á un fatal pirronismo, que forma dudas y opiniones de todo lo que no está expresamente marcado con el sello de la infalibilidad divina. Al paso que ha desmayado la fe, se afecta avivarla suscitando artículos que dividen los espíritus, sin edificarlos. Se grita in-

cesantemente, *idolatria, idolatria*, porque se rinde homenaje á María con el título del Cármén; se acusa de supersticioso el zelo por su honor, y se llama confianza presuntuosa á la esperanza que tenemos en sus promesas. Semejantes á aquellos implacables hermanos que no podían sufrir á Josef, se han dicho unos á otros, al veros reunidos en esta sociedad consagrada á gloria de María: «ved allí á los soñadores; echémoslos en una cisterna vieja, para que no se vuelva á hablar de ellos; veremos de qué les han servido los sueños de su ridícula devoción.» Pero estos infelices acusadores ¿no han fabricado ellos mismos su ruína? Todas sus intrigas, sus escritos empapados en hiel amarguísima, el lenguaje venenoso de sus bocas apesetadas, léjos de resfriar en el corazón de los fieles la devoción del santo escapulario del Cármén, y envilecerla en la estimación pública, no han logrado otro efecto, que adquirirle un nuevo crédito, y añadir nuevos brillos á una verdad sellada con los rasgos de la santidad, autorizada con la voz de los milagros, y victoriosa de las sutilezas de la crítica, bajo el auxilio de aquella, á quien Dios confió las llaves de la ciencia para abrirnos el reino de la verdad. Jamas prevalecerán las puertas del infierno contra el zelo de los verdaderos fieles. A estos intento yo acalorar en el amor, ternura y reconocimiento á las utilidades, que nos ha traído la santa Virgen con el título del Cármén, é instruirlos para su consuelo en la excelencia de ese hábito de salvación, de ese vestido de justicia, que los hijos de los profetas, los ángeles del Carmelo recibieron de mano de María para llevarlo ellos mismos, y comunicarlo al resto de los cristianos, como una prenda de su amor y benevolencia.

Y ¿qué objeto mas hechicero y consolador puedo yo poner á vuestra meditación, que el honor con que os ha distinguido la santísima Virgen, y las ventajas que ha vinculado á su santo hábito? Digo pues con el Eclesiástico, que si María ha echado raíces en el Carmelo, y lo ha elegido como su pueblo peculiar, ha sido para honraros con particular benevolencia: *Radicavi in populo honorificato*; para aseguraros la salvación con certeza privilegiada, *et in parte Dei mei hæreditas illius*. El plan que me he formado, está ya manifiesto: sigámoslo con el auxilio de la gracia. *Ave María*.

## PUNTO PRIMERO.

Como el hombre nació para ser grande, nada eleva mas sus pensamientos que lo que trae consigo los brillantes rasgos del honor y de la gloria; pero su espíritu corrompido tiene la infelicidad de no buscar lo mismo que desea poseer, sino por senderos extraviados que no presentan mas que un falso esplendor; que es en verdad una quimera vestida con apariencias de realidad. Se esfuerzan en hacer constar la descendencia de su estirpe, la que si bien igual á la de todos los hombres, les parece que es de una naturaleza mas preciosa, y por un entusiasmo de ambicion, el barro de que se forman todos los cuerpos, es oro en casa de los grandes, y estiércol en casa de los plebeyos. Se glorían de la afinidad que se contrae con los nobles: las alianzas que nos enlazan con ellos, adulan á un mismo tiempo á la vanidad y á la ambicion, y por lo comun los mas son grandes con la grandeza ajena. Pregunto yo ahora, ¿si acaso semejantes principios son capaces de atraernos una honra sólida y verdadera? Ah! que de ellos no nace sino una vanidad frívola, que los sabios abandonan con gusto á los adoradores del mundo; pero en el espíritu del cristianismo es una ambicion loable y un deseo legítimo aspirar á ser hijos de los santos, y contraer con ellos sociedad. ¿Y en quiénes se han llenado estos deseos, sino en los hijos del Carmelo, elevados al mas sólido honor por aquella amabilísima María, que ha querido echar entre ellos raíces, como en su pueblo escogido? Y cómo es esto? me preguntareis. Vedlo aquí: porque ha querido ser madre y hermana del Carmelo. Madre, porque á ella debe su origen y establecimiento; hermana, porque ha celebrado con él la mas estimable asociación. Qué cosa mas digna de nuestra estimacion! ¿Y no tendré razon para decir, que María os ha honrado con particular benevolencia?

La dulce vírgen María os ha elegido por hijos de su predileccion; á ella debéis vuestro origen y establecimiento. Esto es lo que han dicho los sumos pontífices Gregorio XIII y Juan XXIII: *Ipsamet virgo Maria hunc ordinem in lucem edidit, proprioque titulo insignivit* (1). Pero en la necesidad de instruiros en un

(1) *Ex Brev. die 16. Jul.*

principio de tanta gloria, ¿me perderé hojeando infinitas genealogías, como dice el Apóstol, y entraré en la interminable disputa del origen del Carmelo? El mas delicado crítico no podrá fijar la época de este establecimiento, sin que padezca por esto alguna quiebra su grandeza. Hay rios, cuyo origen se ignora, porque corriendo sus aguas de partes muy distantes por canales subterráneos, esconden el lugar de su nacimiento. Los Libros santos nos ofrecen á Melquisedec sin padre, madre, ni genealogía, sin que deje de ser el sacerdote del Dios altísimo y la figura mas expresiva de Jesucristo; y san Gregorio Nazianzeno observa, que la oscuridad de un misterio forma la grandeza del misterio mismo. Sobre este principio yo no buscaré la prueba en los tiempos remotos; no diré con san Epifanio (1) y san Ambrosio (2), que desde el tiempo de Elías, la ligera nube que el profeta vió levantarse del mar, para derramar despues una lluvia benéfica sobre la tierra, significaba á María, á quien reconoció en las figuras misteriosas con que el cielo la señalaba; y que este hombre de fuego se consagró con sus discípulos al culto de la futura madre del Mesías, viviendo en soledad y practicando las virtudes de la Religion. No diré, aunque la Iglesia lo adopte con una prudente credibilidad, que descendiendo el día de Pentecostes un fuego celestial sobre los seguidores de Elías y Eliseo, trajo como envuelto en sus llamas el amor á la santísima Vírgen, y que estos verdaderos israelitas se esforzaron con santa emulacion á tributarle los mayores obsequios, como á su tutelar, su asilo, su proteccion; que le edificaron santuario en la cumbre del monte Carmelo, comenzando á ser conocidos con el honroso título de hermanos de la santísima Vírgen del monte Carmelo; título que no solo ha confirmado la Iglesia, sino que ha concedido gracias muy distinguidas á los que se denominen con este nombre. Estos respetables monumentos autorizan desde luego el parto feliz de María en el Oriente, dando á luz á estos Benjamines de su amor, que produjo de nuevo en Occidente, pudiendo decir lo que de sí mismo decia el grande Pablo (3): *Filioli mei, quos iterum parturio*; y ved aquí un argumento mas convincente, á lo ménos mas cercano á nuestros tiempos.

(1) *Epiphan. lib. 2. ad hæreses, hæresi 51.*(2) *Ambros. in lib. 3. Regum, cap. 19.* (3) *Galat. c. 4. v. 19.*

Se sabe que oprimidos los solitarios del Carmelo con las incursiones frecuentes de los sarracenos, enemigos irreconciliables del nombre cristiano, enviaron á la capital del mundo el mas precioso tesoro; y era una imágen de la Reina de los ángeles: ellos la hallaron á su llegada en Occidente, y fué como la salvaguardia de los hijos de los profetas. Los sucesores de Pedro, que la habian recibido como un regalo digno de su piedad, instituyeron la fiesta bajo el nombre de nuestra Señora del Cármén. La madre de Dios, siempre igualmente favorable en Occidente á una órden que habia protegido constantemente en el Oriente, la honró con uno de los favores, que la incredulidad impugna en vano; quiero decir, la famosa aparicion á san Simon Estoch, cuando llevando en la mano el santo escapulario agregó á él las promesas mas benéficas para cualquiera que lo vistiese dignamente. Roma fué el teatro de este prodigio, y todo el mundo cristiano reconoció en él las entrañas de una madre que se apiada de sus hijos afligidos.

Porque en efecto, ¿en qué circunstancias se concede este favor? Lo diré en un hermoso rasgo de los Libros santos. Pensaba Gedeon librarse de los madianitas, y ocupado en sus propias desgracias, al parecer casi dudaba de la Providencia. ¿Dónde está, decia, el ángel exterminador que dió muerte á los primogénitos de nuestros contrarios? ¿Dónde está la columna de fuego que iluminaba las tinieblas de nuestros padres? ¿Dónde está la nube que templaba los ardores del dia? Á nosotros se nos ha sacado de Egipto, y ahora nos hallamos en las manos del soberbio Madian. Consuélate, le dijo Dios, vé con la fuerza que te asiste, y librarás á Israel; no temas: *Ego ero tecum* (1); yo estaré contigo y te daré una señal de mi proteccion y asistencia. Quién es el que envía al cielo sus gemidos? es Gedeon ó Simon Estoch? Á quién se da esta respuesta tan benigna? es al general de Israel ó al general del Carmelo? Esta órden venerable se hallaba en igual consternacion que el pueblo del Señor. Simon Estoch se hallaba en la misma perplejidad que Gedeon á la vista de su órden, que casi bamboleaba en sus cimientos á la fuerza de muchos poderosos que solicitaban su extincion, y manifestaba su dolor en estos términos: yo pensaba ser del número de los sucesores de Elías, y se trata de fa-

(1) *Judic. c. 6. v. 16.*

náticos á los que se forman una religion en creerle. Yo creía, Virgen santa, que el Carmelo era vuestro por un título especial, y no tiene señal alguna sensible de vuestra ternura; no le neguéis una prenda que lo distinga, y por la que triunfe de sus contrarios. Tú hiciste por nosotros, trasladándonos de la Asia á la Europa, lo que habias hecho con tu Hijo trasportándole de Nazaret á la tierra de Egipto: libranos ahora de los que nos oprimen, como librate á este mismo Hijo de la opresion del cruel Heródes.

No es necesario mas; María se prestó á los votos de Simon, y es cosa digna de saberse, cómo le habló esta Señora: no temas, yo estoy contigo, no te ausentes, soy tu madre; los que te combaten, serán confundidos: buscarás á los que conspiran contra tu órden, y ni encontrarás el lugar de su existencia. Levanta los ojos, y mira lo que te rodea: las soledades casi desiertas se verán pobladas por la multitud de los que irán á morir en ellas. Los reyes serán vuestros alumnos, y las reinas vuestras hijas. Yo misma sostendré tú órden hasta el fin de los siglos; y para prueba de lo que te digo, recibe, hijo mio muy amado, este hábito como un testimonio de mi amor, y prenda de una eterna alianza: *Accipe, fili, tui ordinis scapulare* (1).

Parece, hablando el lenguaje de la Escritura, que es como genial á las madres dar á sus hijos vestidos que los distingan. Ana, madre de Samuel, le formó una túnica pequeña para los dias de gran solemnidad; Jacob dió otra de varios colores á su querido Josef, y cuando Rebeca quiso dar testimonio á Jacob de que le amaba con mas ternura que á Esaú: *vestibus Esau valde bonis... induit eum* (2), le vistió con los mejores vestidos de su hermano, á fin de que recibiese la bendicion de Isaac: figuras expresivas de lo que ha hecho la santísima Virgen con los carmelitas. Ella misma los ha vestido; ella les ha dado aquel hábito, cuya fragancia, como la del vestido de Jacob, ha sido agradable al Dios de Isaac. La madre de Dios se revistió del hábito que recomendaba; y nada hay que me impida decir, que si la política se valió de los vestidos para diferenciar los estados y caracterizar las condiciones, el escapulario es una librea con la cual María adornó á Simon Estoch para distinguir á su

(1) *Ex breviario.* (2) *Gen. c. 27. v. 15.*

orden con un carácter tan sublime, y dar á conocer por él que los carmelitas eran hijos de su corazón, como por la púrpura se anuncia la soberanía de los reyes, y por el uniforme la fidelidad del militar (1): *Ut caelesti hac veste ordo sacer dignoscetur... Maria hunc ordinem in lucem edidit.* ¿Será ya necesario añadir alguna cosa para concluir, que María es vuestra madre, y que á ella debéis vuestro origen y propagación? Pues también es vuestra hermana, y con ella habéis contraído estrechos lazos de unión y sociedad. Este es un nuevo título de honor.

No os admire mi proposición: tengo la satisfacción de que el cielo y la Iglesia lo han calificado: es muy conforme á la mente de la soberana reina, y á las expresiones con que hablan los pontífices en sus decretos. Según la intención de María, el santo escapulario es una señal de filiación y de fraternidad especialísima (2): *Accipe, fili, meæ confraternitatis signum.* Según las expresiones de los sumos pontífices, se aseguran de un modo muy especial á todos los que visten el santo hábito del Cármén los gloriosos nombres de hijos y hermanos de María: *Maria filiorum ac fratrum speciale nomen.* Y ved aquí el fundamento de esta verdad.

Como la Iglesia es un cuerpo místico, cuya cabeza es Jesucristo, y sus miembros los fieles que se unen á él por el sacramento de la reconciliación, así el orden del Carmelo es un cuerpo místico, cuya cabeza es el mismo Jesucristo, y sus miembros son los que tienen la dicha de vestir su santo hábito; y como en el cuerpo místico de la Iglesia hay un comercio, un enlace, pues por una especie de trasfusión recíproca entran los miembros en la mutua participación de un mismo honor, de una misma gloria, de unos mismos bienes, de modo que las gloriosas conquistas de Pablo y las humildes oraciones de Pedro son comunes á todos los fieles, y lo serán hasta el fin de los siglos: á este modo los que son miembros del cuerpo místico del Carmelo, hacen suya toda la gloria, toda la honra y todos los bienes de este cuerpo venerable en fuerza de un contrato mutuo que se hace entre la orden del Cármén y los que se asocian á ella. La participación de los bienes de la Iglesia está cimentada sobre este artículo de nuestra fe: *creo la co-*

(1) *Ex bullis pontificiis in Breviario.* (2) *Ibidem.*

*munion de los santos;* y la Iglesia que se declara por el órgano de los pontífices, autoriza este género de unión y confederación en el Carmelo.

Ahora bien, si María en fuerza de esta relación quiere ser conocida por vuestra hermana, y ha querido que lo seáis de la venerable orden del Cármén, ¿qué honor, podré yo deciros, os resulta de haceros miembros de un cuerpo, cuya nobleza tiene tantos caracteres que lo distinguen! María nuestra hermana! Es lo mismo que decir, los carmelitas tienen enlace, relación de fraternidad con aquella criatura, que fué la obra y la grande ocupación de los siglos; el último esfuerzo del poder y de la bondad divina; la mayor de todas las criaturas, escogida en las ideas de Dios para dar la vida al Autor mismo de la vida, y para producir en tiempo al que el Padre engendra en la eternidad; la madre de Dios: esto decide la cuestión de los privilegios del Carmelo. La madre de Dios, no satisfecha con haber practicado los oficios de madre con los carmelitas, para dar como el último testimonio de su amor, escondiendo, por decirlo así, su soberanía, para hacer brillar su condescendencia y familiaridad, su sociedad y unión con los carmelitas, les ha dicho lo que Asuero á la hermosa Ester: *Ego sum frater tuus;* yo soy vuestra hermana: lo soy también de todos los miembros del Carmelo. Mi lenguaje no basta para hacer el elogio de esta orden igualmente antigua é ilustre, ó á lo menos temo que sus glorias se hagan sospechosas en mis labios.

Porque en efecto ¿qué viene á ser el Carmelo, al que se ha asociado María, y con el cual os ha enlazado gloriosamente? Esta es aquella orden que, á semejanza de una luz tan resplandeciente como el sol, ha llenado con sus resplandores el mundo cristiano, y se ha hecho respetable por la inocencia de sus costumbres, por la integridad de su fe, por lo sublime de su doctrina, por la pureza de su moral, por su amor á la Iglesia y por su zelo en defensa de la Religión (1): *In... solem... conversus.* Esta es una orden, que como el olivo misterioso, de que habla el Profeta, plantado en la casa del Señor, regado con las más fecundas aguas, ha profundizado sus raíces, levantado sus ramas y su copa hasta las nubes, ha cubierto la tierra con su sombra, y ha dado sucesivamente una prodigiosa abundancia de

(1) *Esther, c. 10. v. 6.*